

hijo y me voy de la tierra, y no quiero dejarla abandonada. Haz tú mis veces, sé un hijo para Ella; trátala desde hoy como se trata á una madre.

Y efectivamente así sucedió. Desde aquel día consideró á María como Madre.

Estas palabras y esta conducta serían incomprensibles, si además de Jesús, tuviese María otros hijos, en los que podría saciar su cariño y los que podría exigir en retorno el deber de amarla y atenderla con preferencia á un extraño cualquiera.

Por lo tanto semejante opinión vale tanto como cargar gratuitamente con una impiedad repugnante, y exponerse no sólo á la justa reprobación del buen sentido de la humanidad, sino también á los anatemas de Dios, que evidentemente, no puede dejar impunes tan burdas blasfemias, á no haber una inconsciencia infantil que atenúe la malicia.

No obstante debemos hacer constar que este fanatismo de impiedad ha replegado mucho velas y se siente muy inseguro.

En 1878, Renán en su obra "Los evangelios,,—reconoce que es posible que estos hermanos y hermanas no fuesen más que hermanos ó hermanas á medias. ¿Serían hijos é hijas de María? *Eso no es probable,*" exclama. Y á pesar de no ser probable Renán lo había afirmado como inconcuso repetidas veces en su odioso engendro de la Vida de Jesús.

Un protestante contemporáneo, Hengstenberg, dice también: "El sentimiento cristiano se ha indignado siempre ante la hipótesis de que Jesús tuvo "hermanos,, propiamente dichos. Los teólogos protestantes al adoptar semejante hipótesis señalan claramente que entre ellos y la Iglesia de los antiguos

tiempos se ha abierto un abismo. Por lo demás las razones en que se apoyan *están desprovistas de valor.*» De donde resulta que esta opinión blasfema carece de probabilidad según el testimonio de los mismos enemigos. Por lo tanto la fe cristiana puede reu-sarla con desdén y prescindir de ella en su camino.



LA PRUEBA

Una sombra melancólica se cierne sobre lo que nos queda aún por decir de Nazaret. Esta patria terrenal de Jesús no le fué agradecida. En ella han surgido las primeras envidias y las primeras contradicciones.

Desde su vuelta del Jordán después de la brillante manifestación que rodeó de gloria su entrevista con el Precursor, Jesús había comenzado á sembrar la Buena Nueva por donde pasaba. Entraba en todas las sinagogas que encontraba en su camino, enseñaba y anunciaba el Reino de Dios. Sus oyentes llenos de admiración salían proclamando su nombre y llenándolo de alabanzas. Y como al levantar su mano omnipotente se repetían por doquier los más estupendos prodigios, pronto llenó el espacio, los valles y las montañas de Galilea el eco del nombre de aquel joven singular.

Envuelto en esta aureola divina volvió Jesús á Nazaret en donde se crió, como observa S. Lucas, y en donde debería haber encontrado más simpatías.

Siguiendo su costumbre, el primer sábado, se presentó en la Sinagoga.

Este día, en vez de escuchar silencioso como le habían visto hasta entonces, se levantó y pidió la palabra. Le dieron la Biblia para que leyese un frag-

mento según era la costumbre; era el libro de Isaías y desenrollándolo, como por casualidad, fué á caer la vista sobre este pasaje: “El espíritu del Señor está sobre mí. Me ha consagrado con su unción divina. Me ha enviado para evangelizar á los pobres, para curar los corazones heridos, para anunciar la redención á los cautivos, para dar vista á los ciegos, para perdonar á los culpables, para predicar el jubileo del Señor y el día de la misericordia.,,

Después de haber plegado el libro Jesús lo dovolvió al ministro y se sentó para comentar aquellas palabras tan admirablemente significativas. Un silencio extraordinario llenó de estupor la sinagoga. Las miradas de todos se dirigían con avidez escudriñadora hacia el joven. Jesús empezó diciendo:

“Hoy se cumple este punto de la Escritura que acabáis de oír.,,

Apesar de la terrible sorpresa que produjo en el auditorio aquella afirmación no se oyó protesta ninguna; nadie encontró nada que decir contra aquellas palabras. Jesús continuó hablando largamente. Y el Evangelio añade que todos estaban pendientes de aquellas palabras divinales con el encanto en los ojos y la admiración en el alma.

Difícil es concretar cuánto duró la conferencia. Poco á poco la multitud se serena. Se admiran como de un verdadero prodigio, de aquella elocuencia nunca oída en un compatriota que hasta entonces había pasado inadvertido. Saben que no ha salido de su pueblo; que ha ocupado el tiempo en trabajos manuales y no del espíritu. Nazaret, por otra parte, no tiene escuelas, ni maestros célebres, ni ateneos.

“¿Dónde ha aprendido lo que sabe? Susurraban

los oyentes por doquiera; si es un pobre obrero; un hijo de un obrero; es el hijo de María. Hemos conocido á su padre José; sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas viven entre nosotros!.,,

Se cruzaban y se repetían estas preguntas y comentarios. Al principio no había en ellas malquerencia, ni intención torcida; pero no tardó mucho en manifestarse. La opinión popular es variable y loca como el viento que sopla de las alturas. ¿Habría algún fermento de envidia en aquella masa de admiración? ¿No habría allí como en todas partes fariseos que veían que les hacía sombra, doctores de la ley que se suponían con el único derecho de ser oídos por el pueblo y escribas tercios é inflexibles que rechazaban semejante interpretación de los profetas? Sin duda sus reflexiones fueron enfriando poco á poco el instintivo entusiasmo de su principio. Si era él un nuevo profeta ¿dónde estaban las pruebas? Los antiguos habían hecho milagros para que el pueblo les reconociera. Verdad es que corrían rumores de que él también los había realizado; pero ¿porqué no ha de hacer alguno en su presencia? ¿Acaso le conocen y—demasiado? ¿Necesita el prestigio de lo desconocido para seducir los ojos y el corazón de las turbas? ¿Será por lo tanto su poder aparente é ilusorio? En consecuencia hay que andar con cautela y precaverse de cualquier fraude oculto en los encantos de su palabra.

Pronto se percató Jesús del rápido cambio de disposición en sus oyentes, ya porque llegasen á sus oídos todas estas reflexiones, ya por penetrar en lo íntimo de sus pensamientos.

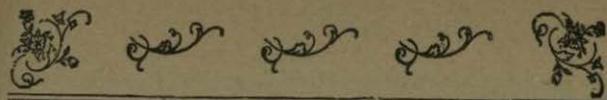
Y reanudó su discurso con cierto gesto de amar-

gura: «Me diréis seguramente lo del proverbio: Médico, cúrate á tí mismo! Haz aquí lo que has hecho en otras partes.»

Jesús continuó: “Yo también voy á decir os una verdad que la experiencia ha demostrado y es que nadie es profeta en su patria. Inútil que yo haga aquí lo que he hecho en otras partes; aún hallaréis qué decir y no querréis escucharme. No creáis que las gracias del Señor sirven tan sólo de pábulo á la curiosidad. Los carismas celestiales se acomodan generalmente á las disposiciones de cada uno. No se conceden al azar; pruebas tenéis en la historia de los antiguos Profetas. Había muchas viudas en tiempo del Profeta Elías cuando el hambre desoló la tierra; y sin embargo el Profeta no recibió orden de socorrer á ninguna más que á la viuda de Sarebta, en el país de Sidón. Había muchos leprosos en tiempo de Eliseo, pero el Profeta no curó más que al Sirio Naamán., En vez de reconocer lo justo de aquella reprehensión velada en delicadas y expresivas metáforas; en vez de humillarse delante de Dios que escoge á quien le place para dejar ver su bondad y su poder; en vez de inclinarse ante la palabra de Aquel que les hablaba en el nombre del Señor; se revolviéron contra las enseñanzas que acababan de recibir; se molestaron de la libertad de aquellas palabras; se encolerizaron contra Jesús y le echaron de la Sinagoga. Y como las pasiones desencadenadas no conocen límite alguno, de repente estalló una llamada de odio, como si un soplo del averno excitase el furibundo incendio y todos se conjuraron para deshacerse de aquel osado que se permitía el lujo de condenarlos; y así fueron formando un núcleo ame-

nizador en trono suyo; le atropellaron, le forzaron á ir con ellos hasta la cumbre de la montaña en cuya falda esta construída la población, y llevándole hasta el borde de un gran peñasco que sobresale amenazando caer á un abismo, intentaron precipitarle...pero aún no había llegado la hora de sufrir. Y Jesús haciendo uso de su divina omnipotencia inmovilizó aquellos brazos satánicos y se deshizo de sus manos volviendo tranquilamente á su casa.

Este estupendo suceso debió llenar de emoción la pequeña aldea de Nazaret y la convencería de la necesidad de cambiar sus sentimientos respecto de Jesús. Pero ya era tarde y el Señor tenía que abandonar definitivamente la ingrata patria.



LA DESPEDIDA

¡Ah! qué escena más conmovedora sería la despedida final de Jesús y María en su humilde casa de Nazaret!

¡Estas paredes, esta roca de excavaciones naturales fueron los testigos mudos de tantos prodigios! Allá en la soledad de su oratorio, la joven esposa de José se abismaría en extática meditación. Allí habían descendido los cielos en un arrobamiento de su oración representados por un ángel como mensajero. Allí pidió el Señor á la Virgen su cooperación á la obra redentora y á la salud del mundo. Allí había pronunciado María su generoso «Fiat». De allí salió precipitadamente cumpliendo las órdenes del emperador romano para irse llena de penas y fatigas á Belén, cuna de sus antepasados, que debía serlo también del hijo de David. Allí regresó después de las desventuras del destierro. Allí había vivido varios años llena su alma del amor de su Jesús. Allí le había visto crecer en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres; allí había disfrutado del inefable gozo de ser toda de su Hijo y para su hijo. ¡Oh que dulces recuerdos tendría de la niñez y juventud de Jesús. Todos los pasos de su Hijo, todas sus miradas, todas sus sonrisas, todas sus palabras, todo estaba grabado en su corazón con indelebles caracteres. Aquel cora-

zón era el precioso cofrecito en que estaba guardado todo aquel tesoro. Cada piedra de aquella casa era objeto de algún gratísimo recuerdo, Nada había comparable á aquella morada: ni el palacio de los reyes ni los más suntuosos alcázares tenían para ella tanto valor, puesto que allí había vivido todo un Dios, hecho hombre. Sí esta exclamación del poeta tiene algo de verdadera.

¡“Cosas inanimadas, tal vez tenéis un alma que se une á nuestra alma forzándola á amar!,,

Podemos concluir cuán querida para María debía ser la pobre morada de Nazaret. Pasó el umbral de salida con lágrimas en los ojos y el corazón transido de dolor.

¿Qué inconveniente habrá en creer que hasta la misma casita temblaría de pena hasta los cimientos cuando que Jesús y María la abandonaban para siempre? También las cosas tienen su llanto, | *Sunt lacrimae rerum*, ha dicho alguno, sólo son insensibles aparentemente.

S. José había muerto hacía ya algunos años. Y al igual que los antiguos patriarcas había muerto lleno de días y méritos, una vez terminada su misión. Esta misión era la de velar por Jesús y María, cuando ni la Madre ni el Hijo tuvieron necesidad de aquel celoso custodio, se durmió entre sus brazos en un éxtasis de amor.

¡Adiós Nazaret! Tu nombre simbólico de “Ciudad de las Flores,, es algo sagrado para la humanidad. Entre tus rosas y azucenas ha crecido el tallo delicado de la flor más preciosa del género humano. Las místicas abejas de todos los tiempos y países se han embriagado libando su purísimo néctar. De él han

formado esa miel suave, la santidad cristiana que penetrando en el mundo ha combatido victoriosamente la corrupción universal, embalsamando el cielo y la tierra de lo que el Apóstol llama “buen olor de Jesucristo,,,



LAS BODAS DE CANÁ

Una circunstancia muy natural fué, la que señaló el punto de partida. Unos parientes ó amigos íntimos de María iban á celebrar sus bodas en la pequeña población de Caná. Fué invitada la Santísima Virgen y Jesús la acompañó en unión de algunos de sus discípulos, seguramente los hijos de Cleofás, parientes tal vez de los recién casados, como ya hemos indicado antes.

La pequeña caravana saltó de la ciudad y pasó por delante de la fuente, á donde solía ir María á buscar agua, durante treinta años y fué subiendo lentamente por las roquizas pendientes que se levantan sobre Nazaret, en dirección Norte.

Llegados á la cresta de la montaña echaron la última mirada por el maravilloso panorama que se extendía ante su vista, de un lado al otro del horizonte.

Veían á sus pies, en lo profundo del valle como nidos de palomas, entre el verdor, las blancas terrazas de la «Ciudad de las flores». Hacia el Oriente la redondeada cumbre del Tabor, recortando el azul del cielo por encima de los montes próximos. Más abajo los macizos del pequeño Hermón y de Gelboé. En las lejanías, confundida con el azul la cadena montañosa de Galaad y de Moab. Al Oeste los montes de Samaria y el elevado murallón del Carmelo, más allá del cual, adulando la mirada, se veía insegu-

ro y fascinador el Mediterráneo por el basto golfo de San Juan de Acre y de Caiffa. Bajando la vista se encontraba con un pueblo importante, Séforis ó Diocesarea, después en medio de un oasis de verdor el crecido pueblo de Caná. Un pequeño sendero bordeando la montaña, conducía allá en algunas horas.

Aún queda en nuestros días un manantial abundante á poca distancia del pueblo que fertiliza el valle. Brota de un búcaro de arbolillos y de cactus. Los alrededores están alfombrados de abundantes pastos. El aire es suave y lleno de campestre aroma.

A pocos pasos de la fuente hay una colina fértil en cuyos laderas se extienden los jardines y casas de Caná. El paraje debía ser ideal en los tiempos evangélicos. Parece que la brisa de la tarde trae en sus idas y venidas algunos ecos del antiguo epitafio:

La sombra de los bosques de Aser embalsamada...
Quién viene por el fresco sendero de verdor?
Es él? Es el amado que espera por su amada?
Es joven, apacible y viene del desierto
Como del incensario la nube se levanta,
Es él? Es el amado que espera por su amada?

(V. H.)

El relato evangélico sumamente conciso en este punto no nos da ni el nombre, ni las condiciones del heroe y de la heroína de aquella fiesta nupcial. Hay algunos pormenores que permiten suponer que los novios pertenecían á familias distinguidas de Caná. La organización del banquete supone una reunión numerosa. Había un patrón de fonda encargado de la mesa y varios mozos para el servicio que estaban

bajo sus órdenes, y él se encargaba del movimiento general y de la distribución de manjares.

Es dulce y conmovedor contemplar al Salvador realzando con su presencia esta fiesta de familia y santificando la celebración de las bodas, haciendo ver que allí y en todas partes Dios se complace en ocupar su sitio.

En aquel pueblo galileo de corazón sencillo, el júbilo que tenía manifestaciones patriarcales, nunca llegaba á ser licencioso. Nada podía molestar al Señor. ¿Quién poder pintar los encantos de su persona y de sus palabras y la paz que disfrutarían todos á su lado? Aun El tomaría parte activa con cierta mesura, en aquella fiesta y guardaría en su alma una impresión profunda de aquella felicidad humana. Parece que se demuestra cuando después no se desdén de llamarse "Esposo de las almas fieles;,, ni de compararse al esposo que entra en la casa nupcial en medio del cortejo de las vírgenes prudentes; ni de llamar el reino de los cielos "banquete nupcial,, defendiendo á sus apóstoles contra los judíos diciendo: "Los amigos del Esposo no deben afligirse mientras el Esposo está con ellos,,. Todo habría terminado con la paz de la noche, como acaban todas esas fiestas á no haber habido un incidente que contristó á todos los circunstantes.

Hacia el fin de la comida se encontraron con que se había terminado el vino. Era falta de previsión ó el número de invitados era excesivo é inesperado? Nada se sabe, pero al observar este contratiempo, todos se intranquilizan y los esposos se impacientan.

La Virgen, testigo de aquella súbita turbación que

envolvía á los interesados, se compadeció de ellos, y, como instintivamente empezó su oficio de abogada nuestra; y dirigiéndose á Jesús le dijo bajito: „No tienen vino;„ Luego volviéndose á los que servían les dijo: “Haced lo que El os mande.,,

Jesús, después de una respuesta enigmática, hizo señal á los mozos para que se acercasen.

Había allí seis grandes tinajas que servían para las abluciones: “Llenadlas de agua., dijo Jesús; y así lo hicieron en un instante.

“Ahora llevádselas al patrón., Era un vino exquisito, ante el cual se extasiaba el que presidía la mesa; y felicitó á los Esposos con esta graciosa fórmula. “Generalmente se sirve al principio el buen vino y después, cuando los estómagos se fatigan pasan el más ordinario. Vosotros por el contrario, habéis guardado el mejor para el fin.

Sin darse cuenta el presidente de la mesa enunció con esto una profunda verdad. El contraste entre la conducta de los hombres y la de Dios. El mundo promete mucho y da poco; Dios da más de lo que promete. El mundo prodiga al principio la embriaguez, pero al fin viene el desencanto y la fatiga. Dora los labios de la copa que nos presenta, pero dentro está la amargura. Dios no nos engaña de ese modo. En su servicio el alma se eleva, no se rebaja; al día siguiente, siempre se le reserva una alegría superior al día anterior. Aquí la felicidad es la esperanza; allá en el cielo, la realidad inefable de la eterna felicidad.

El incidente fué tan repentino que los invitados no se dieron cuenta. Pero en cambio el rumor del milagro corrió enseguida de extremo á extremo. Los que

servían al ver el prodigio entre las manos quedaron estupefactos y no hallaban palabras para alabar el benévolo poder que acababan de presenciar. Todos los invitados se levantaron y fueron después de los felices esposos, á ofrecer á Jesús el tributo de su admiración.

Este fué el primer fulgor de su gloria. Y sus discípulos creyeron en El. La simpatía que les arrastraba hasta entonces se convirtió en inaudita veneración, en admiración inexplicable, y en confianza sin límites.

De Caná, Jesús bajó á Tiberiades; y por doquier le precedía la celebridad de su poder; que después de su paz confirmada, le seguía como una estela de gloria.

A. M. P. I.

Pamplona—Abril—1911.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE — BELEN

	<u>Páginas.</u>
Prólogo	17
Belén — Situación é historia.	19
— El idilio de Ruth.	21
— La ciudad de David.	25
— La gruta del nacimiento	27
— Misa de Media-Noche	31
El divino poema — Preludios	36
— La Anunciación	39
— La Visitación	41
— De Nazaret á Belén	44
— La Natividad	46
— Adoración de los pastores.	48
— Adoración de los Magos	53
— En el Templo de Jerusalén	57
— Huída á Egipto	61
— Regreso á Galilea	65
— El episodio del Templo	69
— Primera manifestación.	71
— La Buena Nueva.	74
— Los milagros de Jesús.	77
— Ley de muerte y de amor.	84
— A través de los siglos	87
— El reino.	93
Oriens.	93

SEGUNDA PARTE. -- NAZARET

El monte Carmelo	99
Nazaret	103
El niño Jesús	109
Los primeros años.	115
La personalidad de Jesús	123
El sueño interior	131

Páginas.

La ciencia experimental	137
Jesús y la naturaleza.	140
— El grano de trigo	141
— La vid	153
— Los árboles	156
— Las flores	158
— Los animales	159
— El paisaje	162
Jesús y la humanidad	167
Los parientes de Jesús	176
La prueba	187
La despedida de Nazaret	193
Las Bodas de Caná.	197

